

la poesía utiliza el vehículo dramático para lograr su función plena y con maravillosa economía de medios. No hay palabra que no tenga función orientadora, no hay acción que no resuene en la poesía con sentido. El efecto es unitario, poderoso y dotado de un encanto vital conmovedor. Lo que el maestro logra en esta fase final es algo así como la cooperación de la electricidad, el calor y el filamento; es decir surge una luz que invade el espacio y revela lo que ahí habita. La vivencia sale a *luz* y es la de un ser de inmensa cordura, que ya no ve el mundo como se insinúa en "Hamlet" donde habla del "beso carroña del sol que engendra gusanos en el cadáver de un perro".—*Jorge Elliott*.



<https://doi.org/10.29393/At353-354-239EFVM10239>

"EL EGIPTO DE LOS FARAONES", de *Juan Marín*, Editorial Zig-Zag, 1954

Se ha dicho que los viajes incitan a empujar horizontes con los ojos. El hombre que discurre por las rutas del mundo va impregnando su espíritu de plurales vivencias, contempla los paisajes y, por excepción, medita sobre ellos. Las imágenes ópticas del recuerdo se yuxtaponen, crean romanticismos de gran alcurnia, aunque, por añadidura, se esfume la realidad concreta.

En tales condiciones, el viajero puede traducir sus experiencias, darles un paramento artístico, volver a recrear la realidad de acuerdo con sus dilecciones. Quizás su menester literario sea obra de poeta. Sin embargo, muchas veces, poesía y realidad se excluyen en la verdadera obra de evocación.

Para refrenar los vuelos de la fantasía es necesario que el escritor reduzca a estrechos límites su ecuación personal, que no vea en las cosas excesivas reverberaciones. De esta forma la vida actual y las pulsaciones de un vivir pretérito irán entregando su cifra, su verdad intransferible.

Hacemos estas disquisiciones después de haber leído la obra de Juan Marín, titulada *El Egipto de los Faraones*.

La esencia de los temas abordados invita a la divagación, al revolar imaginativo, a percibir las imágenes virtuales con aureola de imágenes reales. Y sabido es que las primeras, sin duda más bellas, son producidas por la ideal prolongación de los rayos lumínicos. Algo falso, de acuerdo con el rigor de nuestra concepción de la ciencia y de la vida.

Pero Juan Marín ha visto Egipto de una manera concreta. Cuando tiene que recurrir a la fabulación legendaria lo hace con precauciones. Porque sabe que si la leyenda desborda sobre la realidad, los hechos y los hombres se truecan en espejismo y en serpiente.

Los faraones, situados en su época y en sus circunstancias geopolíticas, dejan de ser los personajes fabulosos agobiados por un exceso de fábula. Y en consecuencia, se convierten en centro de interés humano. Sus valores se proyectan sobre algunas etapas de la historia.

Juan Marín posee la necesaria erudición para interpretar el mensaje que proclaman las ruinas venerables. Y al mismo tiempo, una sutil fibra racionalista para escuchar las resonancias místicas como elementos ancilares de una verdad que tuvo su vigencia en los espíritus atormentados de ciertos faraones.

Algunos capítulos de esta obra son como la versión poética y humorística de interesantes anécdotas y confidencias que fueran tema para los clásicos campeones de la primitiva ciencia histórica. Así, por ejemplo, los inciertos avatares de Simbad el Marino, el amor de la gentil Cleopatra, una floración de leyendas en cuyo núcleo vital hay complejos y minusvalías, anhelos de misticismos y hervores de sensualidad.

Juan Marín cuenta y recrea la pequeña historia, la recama con aportaciones subjetivas, le confiere matices de original versión. He ahí su gran labor. Porque si los temas son viejos en su esencia,

admiten los moldes nuevos, la posibilidad de hacerlos reversibles, ensayando posiciones estéticas para enfrentar los problemas.

Hay en esta obra un capítulo que nos habla del Monte Sinaí. El autor ha querido seguir las huellas de Moisés. Su aventura, iniciada sin afanes de trascendencia, culmina en una serie de meditaciones de raigambre filosófica, capaces de alterar los claros hontanares religiosos de los hombres excesivamente humanos. Cuando el viajero ha escalado los pétreos declives del Sinaí, se siente aprisionado entre murallas y precipicios de granito, y dice: "De aquí nunca pudo haber nacido un Cristo todo mansedumbre, ni un Buda todo caridad, ni un Confucio todo ponderación, ni un Mahavira todo compasión, sino un Jehová airado, Señor de la guerra y de la tempestad, hablando a los hombres en una lengua de rayos y truenos desde el fondo de un cielo encrespado de tormentas".

Después vendrá la anécdota, el dulce tañido de unas campanas. Pero la exacta interpretación del factor telúrico y de su innegable influencia en la sensibilidad de los hombres ha sido dicha con rigor, sin énfasis, como reacción natural, sin compromisos ideológicos.

El Egipto de los Faraones es un libro de viajes. En consecuencia, su hilo conductor se quiebra y escinde de acuerdo con las sollicitaciones del paisaje y del lastre histórico que gravita en cada oportunidad. Su unidad es sumamente flexible. Y en ello radica gran parte de su innegable encanto. La obra se convierte en un contrapunto de leyendas y de realidades concretas, no exentas de fantasía.

Juan Marín, después de haber discurrido por los vericuetos de las pirámides milenarias y por los caminos que llevan a los monumentos de El Cairo, analiza unas vivencias amorosas que hicieron restallar las almas de plurales féminas y varones del viejo Egipto. Ahora bien, llegado el momento de enjuiciar su propia obra y de contemplar las etapas recorridas en su peregrinación estética, le recuerda al lector la cifra, el significado de aquellas posturas vitales, activas en su época, periclitadas en nuestros días

gracias a los signos vigentes de una cultura que se construye incesantemente, al filo del acontecer.

Y la obra tiene una conclusión, una especie de admonición didascálica: "El hombre, desde el comienzo de su historia, siendo mortal, ha ambicionado vivir como un inmortal".

Juan Marín, versado en literaturas y filosofías exóticas, conocedor de las aportaciones freudianas y adlerianas, ha visto solicitada su atención por ese problema que tiene en su base un ansia de inmortalidad. Vivir desvivido, que disparó las ansias metafísicas de Soren Kierkegaard y de Unamuno.—*Vicente Mengod.*



"EL SEÑOR CUATRO Y OTRAS GENTES", de *Pablo de la Fuente*,
Zig-Zag, 1954, Santiago

Se ha dicho que un cuento es un verdadero cosmos literario. Y así es, en efecto. Con frecuencia, se convierte en un verdadero compromiso estético, con soluciones inesperadas, más allá de las normas previstas. Porque resulta difícil trazar una curva exacta, que siga vibrando en su mismo punto de arranque y de terminación, después de haber encerrado en su área palpitaciones de auténtica vitalidad.

Quizás por esta razón el cuento, composición breve, pero exacta, admite en su desarrollo diversas orientaciones, todas ellas regidas por una finalidad concreta e ineludible, tal como la de resaltar los trazos esenciales de los personajes, y valorar el sentido íntimo e intransferible de las acciones.

La reciente obra de Pablo de la Fuente se titula *El señor Cuatro y otras gentes*. Es un mosaico de narraciones, concebidas de muy diversas maneras. Diríase que el autor ha querido exhibir una gama de posibilidades que, partiendo desde el cuento de tipo clásico, recorren atrevidas modalidades.